



BIBLIOTECA

pp9261

E3

H358

V.3

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

N
Núm. Autor 33336
Núm. Adg. 33336
Precedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 69
Catálogo

LOS MAIAS

XIV

María y Carlos, que se quedara aquella noche en los Olivares, acababan de almorzar. Domingo, al servir el café y antes de salir, dejó al lado de Carlos el *Figaro* y una cajetilla. Las ventanas estaban abiertas. Ni una hoja se movía en el aire pesado de la mañana nublada. En el banco de madera, miss Sarah cosía perezosamente. Rosa triscaba por el césped. Carlos, que estaba en una intimidad como conyugal, con una simple camisa de seda y un chaquetón de franela, llegó junto á María, tomóle la mano y dijo:

—Vamos á ver, amor mío, ¿cuándo quieres marchar?

Aquella noche entre sus primeros besos de novia, mostró el deseo enternecido de ir á Italia y de tener un nido romántico en Isola Bella. Pero ahora no tendrían que esconder allí la inquietud de una felicidad culpable, sino gozar el reposo de una felicidad legítima.

—Por mí, marchaba mañana—continuó Carlos,—estoy sediento de paz y hasta de pereza. Pero, dí tú, cuándo quieres.

33336

María no contestó; sólo sus ojos sonreían reconocidos y apasionados. Después, sin retirar la mano que Carlos acariciaba, llamó á Rosa á través de la ventana.

— Espera, mamá, ya voy. Estoy echando migajas... Hay unos gorriones que no han almorzado aún...

— No, ven acá.

Cuando apareció en la puerta toda vestida de blanco, coloradita y con una de las últimas rosas de verano puesta en el cinturón, María la hizo acercar y muy seria y conmovida le preguntó si le gustaría que Carlos fuese á vivir con ella y á quedarse en la *Casita*. Los ojos de la niña expresaron una agradable sorpresa.

— ¿Qué, estar siempre aquí, hasta de noche, toda la noche? ¿Y tener aquí sus maletas y ropa?

— Sí.

Rosa entonces batió palmas muy contenta, diciendo á Carlos que fuese á buscar ya sus muebles y maletas.

— Oye—dijo María reteniéndola aún.—¿Te gustaría que fuese como el papá, que viviera siempre con nosotras, que ambas le obedeciésemos y que le quisiéramos mucho?

Rosa miró á su madre y dijo:

— Si no puedo quererle más de lo que le quiero.

Ambos la besaron enternecidos. Y María Eduarda, por primera vez delante de Rosa, besó á Carlos en la cabeza. La pequeña miró pasmada á su amigo y después á su madre. Después pareció comprenderlo todo. Se acercó á Carlos y le dijo con mimo humilde:

— ¿Quieres que te llame papá sólo á tí?

— ¿Sólo á mí?—dijo, estrechándola entre sus brazos.

Así obtuvieron ambos el consentimiento de Rosa que huyó con las manos llenas de migajas para los gorriones.

Carlos se levantó, tomó la cabeza de María entre las manos y murmuró mirándola extasiada:

— ¡Eres perfecta!

Ella se desprendió con melancolía de aquella adoración que la turbaba.

— Escucha, aún tengo mucho que decirte. Vamos al kiosco. No tienes nada que hacer, ¿verdad? Y aunque tengas hoy eres mío. Trácte los cigarrillos.

Carlos, al bajar, en los escalones del jardín, se paró á mirar y á sentir la dulzura velada del cielo ceniciento. La vida le pareció adorable, de una poesía fina y triste, y favorable á las expansiones de dos corazones que se abandonan juntos al continuo encanto de estremecerse á la par en el silencio y la sombra.

— Vamos á tener lluvia, tío Andrés—dijo pasando junto al viejo jardinero que se preparaba á regar.

El buen Andrés se quitó el sombrero precipitadamente y le saludó con humildad, preguntándole por su familia.

— Todos buenos, tío Andrés, gracias.

Y en su deseo de ver en torno de sí sólo gente feliz, Carlos puso una libra en la mano del viejo que quedó deslumbrado sin atreverse á cerrar los dedos sobre aquel oro extraordinario que relucía.

Cuando María entró en el kiosco, llevaba un cofrecito de sándalo. Lo dejó en el diván, hizo sentar á Carlos entre almohadas y le encendió un cigarrillo. Después se agachó á sus pies en la alfombra, con la humildad de una penitente.

— ¿Estás bien así? ¿Quieres que Domingo te traiga agua y coñac? ¿No? Entonces oye. Quiero contártelo todo.

88

Era toda su existencia la que deseaba contarle. Hasta pensaba en escribírsela en una carta interminable como en las novelas. Pero antes deseaba pasar una mañana entera allí á sus pies.

—¿Estás bien, amor mío?

Carlos esperaba conmovido. Sabía que aquella relación debía escocerle, pero sentía un ansia insaciable de conocer todos los detalles de aquella vida que así le parecía que le iba á pertenecer por completo. Y en el fondo, no le importaba saber cosas que pudieran herirle ó humillarle.

—Sí, cuenta... Después lo olvidaremos todo y para siempre. Pero ahora, dime, cuenta. ¿Dónde naciste?

Nació en Viena; pero apenas se acordaba de su niñez; ni sabía nada del papá, á no ser su gran nobleza. Tuvo una hermanita que murió de diez años y se llamaba Elvira. La mamá no quería que le preguntasen por lo pasado, y decía que revolver recuerdos perjudica tanto como agitar una botella de vino añejo. Sólo recordaba que, á veces, un viejecito triste y tímido que era su abuelo, le contaba historias de navíos. Después, habían ido á Inglaterra. Pero también aquellos recuerdos estaban como esfumados. Sus primeras impresiones claras databan de París. La mamá ya viuda llevaba luto del abuelo y ella tenía una institutriz italiana que la llevaba á pasear por los Campos Elíseos. De noche acostumbraba á ver á su mamá, descotada, en una habitación llena de seda y luces y un hombre rubio y brusco que fumaba siempre tendido en los sofás, le traía de cuando en cuando una muñeca y la llamaba la señorita *Triste-cœur* á causa de su expresión sesuda. Después su madre la puso en un convento y se despidió de ella derramando abundantes lágrimas. A su lado tenía, de fijo que para consolarla, un

89

hombre con los bigotes muy retorcidos, á quien la madre superiora hablaba con veneración.

Al principio, su mamá iba á verla todos los meses y se detenía dos ó tres días en Tours. Notaba entonces que cuando daban paseos en coche, escoltaban su carretela dos ó tres oficiales de caballería que hablaban á su mamá de tú.

En el convento la madre superiora no gustaba de esas salidas, ni de que su madre alborotara los corredores con sus carcajadas y el ruido de la seda; pero al mismo tiempo parecían temerla y la llamaban señora condesa. La mamá era muy amiga del general que mandaba en Tours y visitaba al señor Obispo. Cuando monseñor iba al convento, le hacía una caricia especial y le daba recuerdos para su mamá. Después mamá apareció mucho menos por Tours. Estuvo un año lejos, casi sin escribir, viajando por Alemania, y volvió un día enflaquecida y cubierta de luto y se pasó la mañana abrazada á ella y llorando.

Pero á la siguiente visita estaba remozada, más brillante, más ligera, con dos grandes galgos blancos, anunciando una romería poética á Tierra Santa y al remoto Oriente. Tenía entonces dieciséis años; por su aplicación, sus maneras serias y cariñosas ganó el afecto de la madre superiora, que á veces, mirándola con tristeza, mostraba el deseo de conservarla á su lado y le decía: *Le monde ne vous sera bon á rien, mon enfant!*... Un día la vinieron á buscar de parte de su madre. La mensajera era una vieja llamada la señora de Chavigny.

¡Cuánto lloró al dejar el convento! Pero más llorara si hubiera sabido lo que le pasaría en París. La casa de su madre, en el parque Monceaux, era en realidad una casa de juego, disimulada tras un lujo serio y delicado. Los criados llevaban medias de

seda. Los convidados que ostentaban los grandes nombres de la heráldica francesa, habiaban de carreras, de las Tullerías, de los discursos del Senado; y las mesas de juego empezaban después su cometido como una distracción más picante. Ella se recogía á las diez de la noche é iba temprano al Bosque. Poco á poco, sin embargo, la casa se fué á rodar. Su pobre mamá cayó bajo el yugo del señor de Trevernes, hombre peligroso por su seducción personal y por una desoladora falta de honra y de sentido. La casa cayó rápidamente en una bohemia mal dorada y ruidosa. Cuando madrugaba aún duraba la orgía. Una noche, estando acostada, oyó de repente gritos, una brusca huida hacia la escalera. Halló á su mamá desmayada en la alfombra y sólo mucho rato después dijo, anegada en lágrimas, que "había ocurrido una desgracia,...."

Mudáronse entonces á un tercer piso de la Chaussée d'Antin. Allí apareció gente desconocida y sospechosa. Había válacos de grandes bigotes, peruanos con diamantes falsos y condes romanos que escondían, mangas adentro, los puños sucios. A veces entre aquella turba, acudía algún *gentleman* que no se quitaba el gabán como en el café-concierto. Uno de esos era un irlandés muy joven, Mac-Gren. La señora de Champigny ya no estaba en casa, y ella insensiblemente, se fué mezclando á aquella vida trasnochada de *grog* y *baccarat*.

Mamá llamaba á Mac-Gren su Bebé. Era, en efecto, un muchacho simpático y feliz. Enamoróse en seguida de ella con el ardor y el ímpetu de un irlandés y prometía casarse con ella así que se emancipase, porque Mac-Gren, menor de edad aun, vivía de las liberalidades de una tía excéntrica y rica, que le adoraba y vivía en Provenza, en una vasta quinta, donde tenía fieras enjauladas.

En tanto inducíale á huir con él, desesperado al verla entre aquellos válacos que huían á Ginebra. Aquella era una situación falsa, pero preferible á vivir en aquel ambiente depravado y brutal, donde á cada momento tenía que ruborizarse. Por aquel tiempo mamá parecía haber perdido la brújula de navegar, se peleaba con las criadas y bebía "para aturdirse." Para satisfacer las exigencias del señor de Trevernes, empeñó sus joyas y un día ocurrió una catástrofe fatal: tuvieron que meter á prisa y corriendo sus trajes y lencería en unos sacos é irse á dormir en un hotel. Lo peor de todo es que el señor de Trevernes empezaba á mirarla de un modo insoportable.

—¡Pobre María!—exclamó Carlos cogiéndole las manos.

Ella permaneció un momento sofocada, y después continuó:

—Ahí están en este cofre las cartas de Mac-Gren. Las guardé para justificarme á mí misma si es posible. Mi mamá partió un día para Baden y yo quedé sola temiendo ver aparecer al señor de Trevernes... Quien apareció fué Mac-Gren. Marché con él sin precipitación como su esposa. Mamá, al volver de Baden, vino á encontrarlos, descompuesta y trágica, maldiciendo á Mac-Gren, amenazándolo, queriendo abofetearle. Mac-Gren, como un niño, empezó á besarla llorando también. La mamá acabó por perdonarlo todo y por llamarles "hijos de su alma." Era en Mayo; mamá no quería venir á vivir con nosotros.

Pasó un año tranquilo. Su madre venía de cuando en cuando, pero no había sistema de hacerla dejar el torbellino de París. Algunas veces llegaba, estremecida y llorosa, con una rica pelliza sobre una falda vieja, y pedía cien francos. Por fin nació Rosa,

Todo su afán consistía entonces en legitimar su unión; pero Mac-Gren daba largas á la cosa por temor á la abuela. Era un perfecto Bebé. Se entretenía por las mañanas en cazar pájaros con liga. Era al mismo tiempo terriblemente terco. Al empezar la primavera, un día llegó su mamá, que había roto por fin con Trevernes. Pero pronto se consoló y empezó á adorar á Mac-Gren con tanta efusión de caricias, hallándolo tan lindo, que á veces resultaba cargante.

De pronto estalló la guerra con Prusia. Mac-Gren, entusiasmado, se alistó en el batallón de zua-vos de Charette. Su abuela aprobó aquel rasgo de su amor por la patria y le envió una carta en verso contando las proezas de Juana de Arco y remitiéndole una gran cantidad en metálico. Por ese tiempo Rosa tuvo difteria. Ella atendía á su hija sobre todo, y por lo tanto no se enteraba de las noticias de la guerra. Confusamente tuvo noticia de las primeras batallas en la frontera. Una mañana su mamá se precipitó en su cuarto, alborotando, en camisa: el ejército había capitulado en Sedán y el emperador estaba prisionero. "¡Es el fin de todo, el fin de todo!", decía despavorida. María fué á París para poder saber noticias de Mac-Gren; en la calle Royale tuvo que refugiarse en un portal, ante el tumulto de un pueblo delirante, que cantaba la Marsellesa rodeando una calesa donde había un hombre, pálido como la cera, con una bufanda de color escarlata alrededor del cuello y á quien aclamaban. Un sujeto que estaba junto á ella le dijo aterrado que el pueblo había ido á buscar á Rochefort á la prisión y que estaba proclamada la República.

Nada supo de Mac-Gren. Comenzaron entonces para ella días de infinito sobresalto. Felizmente Rosa había entrado en la convalecencia. Pero la po-

bre mamá causaba pena, envejecida de repente, triste, postrada en una silla y murmurando débilmente: "Es el fin de todo, es el fin de todo." Y parecía, en verdad, que fuese el fin de Francia. Cada día una batalla perdida; regimientos presos, que, hacinados en vagones de ganado, eran internados á toda prisa en los presidios de Alemania; los prusianos marchando sobre París... No podían permanecer en Fontainebleau; el duro invierno comenzaba, y con lo que vendieran á prisa y corriendo y el dinero que Mac-Gren dejara, partieron para Londres.

Fué una exigencia de mamá. En Londres, desorientada ella con la confusión de tan grande y extraña ciudad, enferma también, dejóse llevar por las ideas de mamá. Alquilaron una casa amueblada, muy cara, en los barrios de lujo, al pie de Mayfair. Mamá hablaba de organizar allí el centro de resistencia de los bonapartistas refugiados; en el fondo, la desgraciada pensaba en organizar una casa de juego en Londres. Pero ¡ay! eran otros tiempos... Los imperialistas sin imperio no jugaban al *bacarat*, y ellas en breve, sin ingresos, gastando siempre, tenían que hacer frente á cuentas colosales. Mac-Gren estaba en París con medio millón de prusianos en torno. Vendieron las joyas, los vestidos, hasta los abrigos. Alquilaron entonces en el barrio Saho tres habitaciones pequeñas y tomaron una criada. Algunos carbones humeaban en la chimenea y para comer sólo había carnero fiambre y pésima cerveza. Por fin hasta faltó el mísero chelín para pagar el hospedaje. La mamá no se levantaba del catre, enferma, desesperada, llorando. Ella salía á veces al anochecer envuelta en un water-proof y llevaba lios de ropas á empeñar, para que no faltase á Rosa su vaso de leche. Las cartas que su mamá es-

cribía á algunos antiguos compañeros de locuras, quedaban sin respuesta. Otras traían envueltas en un trozo de papel alguna media libra que olía á limosna á media hora lejos.

Una noche en que nevaba había ido á empeñar una chambrá de encaje y se perdió. Dos bárbaros, medio borrachos, la persiguieron, y para huir de ellos tomó un *cab* que la llevó á su casa. Pero no tenía ni un céntimo para pagar al cochero; la patrona la amenazaba medio borracha y ella rompió á llorar en la puerta. Entonces el cochero se ofreció á llevarla á la caja de préstamos de balde, diciendo que luego ajustarían cuentas. Fué y el pobre hombre sólo aceptó un chelín.

Ella entretanto, buscaba una ocupación cualquiera, costuras, bordados, traducciones, copias. Nada hallaba. Escaseaba el trabajo. Su madre se pasaba los días llorando y más que sus lágrimas aterraban á María Eduarda sus continuas alusiones á lo fácil que es en Londres hallar dinero y protectores cuando se es joven y bonita.

—¿Qué te parece esta vida, amor mío?—exclamé retorciéndose las manos.

Carlos la besó en silencio.

En fin todo pasó. Se firmó la paz y acabó el sitio. París estaba abierto de nuevo. La dificultad estaba en volver.

—¿Cómo volviste?

Un día, en Regent-Street, encontró un amigo de Mac-Gren, otro irlandés que comiera algunas veces con nosotros. Al ver aquella miseria, empezó, á fuer de buen irlandés, por acusar al gobierno de Inglaterra y después nos ofreció todo su apoyo. El pobre muchacho no estaba en buena situación, pero era irlandés y prometió volver por la noche con lo necesario para poder ir á Francia. Vino, con efecto,

aquella misma noche, derrengado y triunfante, blandiendo tres billetes de Banco y una botella de champagne. La mamá al ver aquella botella casi se desmayó de enternecimiento. Al marchar, en la estación de *Charing-Cross*, el irlandés me dijo que Mac-Gren había muerto en la batalla de Saint-Privat...

—¿Para qué te he de contar el resto? En París volví á buscar trabajo... Casi inmediatamente empezó la Commune. Puedes creer que muchas veces tuvimos hambre. Pero, en fin, estábamos en París y ya no nos parecía tan terrible la situación. La pobre Rosa empezaba á enflaquecer. Era un suplicio verla perder los colores... triste, mal vestida... Luché aún. Ver á mi mamá, causaba dolor. Rosa se moriría de no mejorar la situación... Conocí entonces á Castro Gómes, en casa de una antigua amiga de mamá que me daba trabajo de costura... Lo demás ya lo sabes... Me vi obligada á ello...

No pudo continuar, rompió á llorar apoyando la cabeza en las rodillas de Carlos. El, en su emoción, sólo podía decirle que la indemnizaría de todas las miserias pasadas.

—Escucha, —murmuró ella, enjugando las lágrimas.— Hay una cosa que te quiero decir; es la santa verdad. ¡Te lo juro por el alma de Rosa! En estas dos relaciones que tuve mi corazón permaneció siempre adormecido. Durmió siempre sin sentir nada, sin desear nada hasta que te vi... Y aun te quiero decir otra cosa...

Vaciló un momento, cubierta de rubor, echó los brazos al cuello de Carlos y en voz baja murmuró la última, la absoluta confesión de todo su sér:

—Además de tener el corazón adormecido, mi cuerpo permaneció siempre frío, frío como un mármol.

Estrechóla arrebatadamente contra su cuerpo y sus labios quedaron unidos mucho tiempo en silencio, completando en una emoción nueva y casi virginal la comunión perfecta de sus almas.

Dos días después, Carlos y Ega se dirigían en coche á la *Casita*.

Toda aquella mañana en el Ramillete, Carlos contó á Ega la pasión que le lanzara de nuevo y para siempre, como esposo, en brazos de María; y en la confianza que tenía en Ega, le reveló la historia de ella dolorosa y justificadora. Ega dió una vuelta por el cuarto, y mientras cepillaba el gabán murmuró: "Es prodigioso... qué extraña cosa es la vida...". Carlos le propuso ir á comer á la *Casita*.

Ahora, en el camino Carlos hablaba aun de María, de la vida que se proponía llevar con ella dejando escapar de su corazón el cántico interminable de su felicidad.

—Créeme, Ega, conozco casi la felicidad perfecta.

—¿Y en la *Casita* nadie sabe nada?

—Nadie, nadie sospecha la profunda alteración que ha habido en nuestras relaciones. Miss Sarah y Domingo, primeros testigos de nuestra amistad, serán regiamente recompensados y despedidos cuando marchemos para Italia.

—¿Quieres casarte en Roma?

—Sí... Y entonces será cuando reaparezca la espina de esta felicidad... Por esto dije "casi". La terrible espina es el abuelo.

—Es verdad: el viejo Alfonso. ¿No has pensado aun como hacerle conocer este caso?

No, pero comprendía que le faltaba el valor para decir al abuelo: "Esta mujer con quien me voy á casa, tuvo en su vida estos yerros...". Además de eso conocía que era inútil. El abuelo no comprendería jamás los motivos complicados, fatales, ineludibles, que habían arrastrado á María. Si se los contase por menudo, el abuelo vería allí una novela confusa y frágil antipática á su naturaleza fuerte y cándida. El viejo Alfonso era un bloque de granito: no se podían esperar de él los sutiles distingos de los casuistas modernos; que María cayó sucesivamente en los brazos de dos hombres. Y de ello dependería su actitud de jefe de familia. ¿Para qué, pues, hacer al viejo una confesión que originaría un conflicto de sentimientos y una irreparable separación doméstica?

—¿No te parece, Ega?

Ega rascaba un fósforo para encender el cigarro, y murmuró:

—Sí, el viejo Alfonso es granítico.

Por eso Carlos concibió otro plan más sagaz. Consistía en no revelar al abuelo el pasado de María hasta después de casados. Después Carlos llevaría al abuelo á casa de una señora que conoció en Italia, la señora de Mac-Gren. Para encantar al viejo, contaba con la gracia y la bondad de María, y sobretudo con Rosa, y cuando ya el abuelo estuviese enamorado de María, de la pequeñuela y de todo, entonces una mañana le diría francamente: "Esta mujer superior y adorable cometió una falta cuando joven, pero yo me casé con ella. ¿No hice bien, á pesar de todo, en escogerla para esposa?". Y el abuelo, ante aquel hecho consumado, sería el primero en pensar que si aquel casamiento no era el mejor

según las reglas del mundo, era de fijo el mejor según las reglas del corazón.

—¿No te parece, Ega?

Ega, absorbido, sacudía la ceniza del cigarro y pensaba que Carlos adaptaba para su abuelo la misma complicada combinación que María Eduarda empleó con él.

—Y se acabó— continuó Carlos— Si él en su indulgencia lo acepta todo, mejor, sino que cada cual viva por su lado, haciendo ambos prevalecer la superioridad de dos cosas excelentes: el abuelo las tradiciones de la sangre, yo los derechos del corazón.

Viendo que Ega permanecía silencioso, le dijo:

—¿Qué te parece, hombre? Dilo.

El otro sacudió la cabeza como despertando.

—¿Quieres que te diga lo que me parece, con toda franqueza? ¡Qué diablo! somos dos hombres y hablamos como hombres. Tu abuelo tiene casi ochenta años; tú, ventisiete... Doloroso es decirlo, y nadie lo siente más que yo, pero tu abuelo ha de morir... Pues bien, espera hasta entonces... No te cases. Espera; continúa yendo á la *Casita* en el coche del *Mulato* y deja que tu abuelo acabe tranquilamente su vejez.

Carlos se retorció el bigote en silencio. Nunca en aquellos días de inquietud se le ocurriera una idea tan sensata, tan fácil. Sí, eso era lo mejor: esperar! ¡Qué deber mejor que evitar toda pena al abuelo María, á fuer de mujer, debía desear el casamiento; pero comprendería perfectamente, recta y generosa como era, la obligación suprema de no mortificar al santo viejo. Recibió su palabra; desde aquel instante estaban casados, no delante del Sagrario ni en los registros de sacristía, sino por la irrompible comunión de sus corazones.

—Tienes razón—gritó por fin, dando un suspiro.
— ¡Tienes verdadera razón! ¡Esa es una idea genial! Debo esperar... ¿Y mientras espero?...

—¿Cómo, mientras esperas?...—exclamó Ega, riendo. ¡Qué diablo, esto no va conmigo!

Y añadió, más serio:

—Entre tanto, tienes ese vil metal que ennoblece la existencia. Instalas á tu mujer en los Olivares ó en otro sitio, con la comodidad y dignidad debidas á tu esposa, y ¡á vivir! Nada impide que hagas ese viaje nupcial á Italia... Vuelves, continúas fumando y esperando. Esto es lo que aconseja el buen sentido. Esto es lo que pensaría un gran Sancho Panza. ¿Qué diablos llevas en ese papel que huele tan bien?

—Una piña de América... Sí, es lo mejor, esperar. ¡Es una buena ideal

Una idea. Era la más grata al temperamento de Carlos. ¿Para qué suscitar una serie de amarguras domésticas por un exceso de caballeridad romántica? María confiaba en él; era rico, era mozo. El mundo se abría entre ellos fácil y lleno de indulgencia.

—Tienes razón, Ega. María es la primera que ha de aplaudir esto. Yo siento cierta pena en aplazar la instalación de mi vida y de mi *home*. ¡Pero se acabó! Lo esencial es que el abuelo sea feliz. Y para celebrar tan buena idea, quiera Dios que María nos haya preparado una buena comida.

Ega temía el primer encuentro con María Eduarda. Temía el embarazo y el rubor que ella no podría ocultar, convencida de que, como confidente de Carlos, conocía su vida, sus miserias y sus relaciones con Castro Gomes. Por eso vacilaba en ir á la *Casita*. Pero no ir por allí sería casi ofensivo para María Eduarda. ¿Quién si no él debía apresurarse á dar la mano á la novia de Carlos? Además de eso,

tenía una infinita curiosidad por ver la casa, la mesa de esa criatura tan bella, con su gracia noble de diosa moderna.

Por fin, todo pasó con una facilidad risueña. María bordaba sentada en los escalones del jardín. Se estremeció y ruborizó, efectivamente, al ver á Ega y el apretón de manos que cambiaron fué mudo y tímido; pero Carlos, alegremente, desenvolvió la piña y se dispó, admirándola, todo embarazo.

— ¡Qué magnífica, qué color, qué lujo de tonos!

— ¡Qué aromal Vengo perfumado todo el camino!

Ega no volviera á la *Casita* desde la noche fatal del baile de los Cohens, en que bebiera y delirara tanto. Y recordó á Carlos, el viaje en el coche destartelado, lloviendo á cántaros, el *grog* de Craft...

— Sufrí mucho, señora, vestido de Mefistófeles.

— ¿A causa de Margarita?

— ¿Por quién se ha de padecer en este mundo, señora, sino por Margarita ó por Fausto?

Carlos quiso que viera los nuevos esplendores de la *Casita*. Y María le acompañó ya con familiaridad por las salas, lamentando que viese la *Casita* entonces, al final del verano, cuando ya acababan las flores. Ega se entusiasmó mucho. Por fin había perdido la *Casita* su aire helado y triste de museo. Ya se podía conversar allí libremente, sin el respeto que infundía antes aquella casa.

— Este es un bárbaro, María - exclamaba Carlos radiante. — Tiene horror al arte. ¡Es un ibero y es un semita!...

¿Semita? Ega preciábase de ser un luminoso arrio. Y por eso mismo no podía vivir en una casa en que cada silla tenía la solemnidad estrambótica de los caballeros antiguos con peluca...

— Pero—decía María, riendo—todas estas lindas

cosas del siglo xxm llevan la ligereza al espíritu y gracia á las maneras.

— ¿Le parece á usted?—preguntó Ega.—A mí todos esos dorados, esas pinturas y adornos me recuerdan épocas pasadas. Nada. Vivimos en una democracia.

Y para expresar la alegría sencilla, sólida y bonachona de la democracia, no hay como las anchas poltronas y las fuertes mesas.

Bajaron luego al jardín. Miss Sarah paseaba entre los bojés con los ojos bajos y un libro cerrado en la mano. Ega, que conocía ya sus ardores nocturnos, la miró con interés y en un momento en que María se bajó para cortar un geranio, expresó á Carlos su admiración por aquellos labios rojos y aquel seno redondo y turgente. Después, en el fondo, encontraron á Rosa que se mecía en el columpio. Ega pareció deslumbrarse por su belleza, su frescura mate de camelia blanca.

Pidióle un beso. Ella exigió primeramente, muy seria, que se quitase el cristal del ojo.

— Es para verte mejor.

— Entonces ¿por qué no traes uno en cada ojo? Esto es hacer las cosas á medias.

— ¡Encantadora, encantadora!—murmuraba Ega. En el fondo, la pequeña le parecía descarada. María resplandecía.

La comida hizo que intimaran más. Carlos habló de un chalet que deseaba construir en Cintra y dijo "cuando nos casaremos," Ega aludió á aquel futuro del modo más grato para el corazón de María. Ahora que Carlos tenía ya casa propia y una felicidad duradera, era necesario trabajar. Y volvió á salir á luz la idea de una *Revista* que dirigiese la literatura, educase el gusto, elevase la política y remozara el achacoso Portugal... Carlos, por su fortuna, por

su inteligencia y hasta por su figura, decía Ega riendodebía tomar la dirección de ella... ¡Qué profunda alegría para el viejo Alfonso de Maia!

María escuchaba atenta y seria. Comprendía que Carlos, con una vida de inteligencia y de actividad, rehabilitaría aquella unión, mostrando su influencia fecunda y purificadora.

—Tiene razón, mucha razón—exclamaba con ardor.

—Sin contar—añadía Ega—que el país necesita de nosotros. Como dice muy bien nuestro querido y estupidísimo Gouvarinho, faltan hombres... ¡Cómo ha de tenerlos, señora, si nosotros, los únicos que servimos para algo, nos entretenemos en guiar nuestros coches y escribir la historia de un átomo! Usted no conoce este país señora. ¡Es admirable! Tiene una magnífica primera materia, lo que falta es trabajarla. Es necesario trabajarla con manos de artistas, con las nuestras. Haremos de esto una joya!...

Carlos se reía, preparando en una fuente la piña con zumo de naranja y vino de Madera. Pero María no quería que se viese. La idea de Ega le parecía superior, inspirada en un alto deber. Quería que Carlos trabajase, se exhibiese, dominase...

—En efecto—dijo Ega sonriendo.—La era de la novela ha acabado. Ahora...

Domingo servía la piña de América. Ega la probó y rompió en exclamaciones entusiastas.

—¿Cómo arreglas esto? Con Madera...

—Y genio—replicó Carlos.—Es delicioso ¿verdad? Pues imagínate si yo pudiese hacer por la civilización lo que he hecho por este plato de dulce. Yo nací para civilizar á la gente.

—Naciste—replicó Ega—para coger las flores de

esa planta de la civilización que la multitud riega con su sudor.

No, no. María no quería que hablasen así.

—Usted, señor Ega, en vez de corromper á Carlos debía inspirarlo.

Ega protestó diciendo que si Carlos necesitaba una musa inspiradora y benéfica, no podía él desempeñar tal oficio. La musa estaba á la vista.

—¡Sí!... ¡Cuántas páginas bellas, cuántas ideas nobles se pueden producir en un paraíso como éste!...

Y con además acariciador indicaba la casita, la paz de las arboledas, la belleza de María. Después en la sala, mientras María tocaba un nocturno de Chopin, Ega declaró que desde que empezó la comida sentía ganas de casarse... Realmente, no hay nada como el matrimonio, el hogar, la familia...

—Cuando pienso, chico,—murmuró mordiendo con rabia el cigarro,—que casi durante un año di toda mi vida á aquella israelita rapaz...

—¿Qué hace en Cintra?—preguntó Carlos.

—Se hunde cada vez más en la crápula. No cabe la menor duda que ha dado todo su corazón á Dámaso... Ya sabes lo que en este caso significa *corazón*... ¿Viste inmundicia igual? ¡Es sencillamente obscena!

—Y tú la adoras—dijo Carlos.

El otro no contestó. Después en un odio repentino de la bohemia y del romanticismo, entonó loores sonoros á la familia, al trabajo, á los altos deberes humanos, bebiendo copitas de cognac. A media noche al salir, tropezó dos veces en la calle de Acacias, citando á Proudhon. Y cuando Carlos le ayudó á subir al coche, que quiso descubierto para ir hablando con la luna, Ega le cogió por el brazo para hablar de la *Revista* y de sus planes para lo porvenir.

—Otra cosa, Carlitos. A ver cómo te las arreglas para proporcionarme la inglesa... Hay vicios deliciosos en aquellas pestañas bajas... A ver cómo te las compones... Arrea, arrea, cochero... ¡Caramba, qué noche más hermosa!

Carlos quedó encantado de aquella primera comida íntima en la *Casita*. Antes pensaba presentar á María á sus íntimos, en cuanto volviera de Italia. Pero ahora la "unión legal," estaba aplazada... Entre tanto María y él no podían aislarse durante todo el invierno, sin el calor social de algunos amigos en derredor. Por eso una mañana, encontrando á Cruces, que fué el vecino de María y que en otro tiempo le daba noticias de la "lady," pidióle que fuese á comer á la *Casita* el domingo.

El maestro apareció de frac y corbata blanca: y los ternos claros de campo, que llevaban Carlos y Ega, empezaron á llenarle de malestar. Toda mujer, fuera de las Lolas y Conchas, le imponían... María, con su porte de gran señora, intimidóle hasta tal punto, que quedó mudo ante ella, ruborizado, retorciendo el forro de los bolsillos. Antes de comer, Carlos le enseñó la quinta. El pobre maestro, rozando con su frac pasado de moda las hojas de los arbutos, hacía esfuerzos para alabar la belleza del sitio; pero sin querer, se le escapaban frases abominablemente vulgares, y cuando se sentó á la mesa, sufría un negrísimo absceso de *spleen* y mudez. Ni una controversia que María intentó caritativamente para él acerca de Wagner y Verdi, pudo abrirle los empedernidos labios.

Por más esfuerzos que hicieron, el maestro gruñía apenas un *si* ó un *no*, y acabó por parecer un convidado fúnebre y por echar á perder la comida.

Combinaron para después del café, un paseo por los alrededores en un *break*. Carlos tomara ya las riendas y María acabara de abrocharse los guantes, cuando se oyó el trote de un caballo por el camino y apareció el marqués.

Fué una sorpresa para Carlos, que no le viera durante el verano. El marqués se detuvo y saludó profundamente á María.

—Creí que estaba usted en Gollega,—exclamó Carlos—¿Cuándo llegó usted?

Llegó la víspera. Fué al Ramillete; todo vacío. Ahora iba á los Olivares á ver uno de los Vargas que se había casado y se instaló en las cercanías para pasar la luna de miel.

—¿Quién? ¿El gordo? ¿El de las carreras?

—No, el flaco, el de las regatas.

Carlos examinaba la yegua del marqués, pequeña, de buena estampa de un bayo oscuro y bonito.

—¿La ha comprado de nuevo?

—Sí; ¿quiere usted adquirirla? Soy demasiado pesado para ella...

—Dé usted una vuelta.

El marqués dió la vuelta, erguido en la silla, haciendo valer la yegua. Carlos halló que braceaba bien. María dijo: "Muy bonita, tiene la cabeza muy fina!" Carlos presentó entonces el marqués de Soucella á la señora de Mac-Gren. El hizo acercar la yegua, descubierto para estrechar la mano á María: y viendo que Ega se eternizaba allí dentro, quedaron hablando del verano, de Santa Olavia, de los Olivares, de la *Casita*. Hacía tiempo que el marqués

no iba por allí. La última vez fué víctima de la excentricidad de Craft.

—Imagínese usted, señora,—dijo á María Eduarda,—que Craft me invita á almorzar. Vengo y el jardinero me dice que el señor Craft habia partido para Oporto con el cocinero; pero que me habia dejado una carta en la sala. Voy á ella y veo colgado del cuello de un idolo japonés, un papel que decia: "El Dios Tchi tiene la honra de invitar al señor marqués en nombre de su amo ausente, á un almuerzo compuesto de queso y vino, que es lo que basta á un hombre fuerte." Tal fué, con efecto, mi almuerzo. Para no estar solo lo partí con el jardinero.

—Supongo que se habrá vengado usted —dijo María.

—Puede usted creerlo, señora... Invítelo á comer, y cuando apareció mi portero, le dije que el señor marqués se habia ido lejos y que no habia ni pan ni queso... Resultado: Craft me mandó una docena de magnificas botellas de Chambertin. Al Dios Tchi nunca más volví á verle.

Muy naturalmente Carlos invitó al marqués á visitar aquella noche, al volver de casa de los Vargas, á su antiguo amigo Tchi.

El marqués acudió efectivamente á las diez y se pasó una velada encantadora. Consiguió sacudir la melancolía de Cruges, arrastrándolo con mano férrea hasta el piano; María cantó y aquel escondrijo de amor quedó iluminado hasta tarde en su primera fiesta de amistad.

Aquellas reuniones alegres, fueron al principio *dominicales*. Pero el otoño arreciaba, muy pronto sería preciso dejar la *Casita* y Carlos, para aprovechar el tiempo, dió dos por semana. Habia descubierto una admirable cocinera alsaciana, educada en las grandes tradiciones, que sirvió al obispo de

Strasburgo, y á la cual desgracias de familia habian arrojado á Lisboa. El marqués decia que las comidas de la *Casita* le encantaban.

La mesa resplandecía y los tapices que representaban masas de árboles, ponian en torno la sombra obscura de un retiro silvestre, donde por un capricho se hubiesen encendido candelabros de plata. De todo podia hablarse menos de politica portuguesa, cosa considerada como indecorosa entre personas de buen gusto.

Rosa apareció á la hora del café, con los bracitos desnudos y un vestido blanco sobre las medias de seda negra. El marqués la adoraba disputándola á Ega, quien la pidiera á María en casamiento y hacia tiempo que le componia un soneto. Ella preferia al marqués: "Hallaba á Ega, muy..." y completaba su pensamiento con un ademán que indicaba que "era Ega muy retorcido".

—¡Ah—exclamaba él,—porque soy más civilizado que el otro! La sencillez no comprende lo delicado.

—¡No, infeliz! Esto es la naturaleza, rechazando las convenciones.

Se bebia á la salud de María. Ella sonreía feliz entre sus nuevos amigos, divinamente bella, casi siempre vestida de obscuro con un leve descote donde resplandecía el incomparable esplendor de su cuello.

Después se organizaron solemnidades. A lo lejos repicaban las campanas y los cohetes hendian el aire. Ega lamentó que sus austeros principios filosoficos le impidieran festejar aquel santo de idea... Pero recordó afortunadamente que en un día, así frío y seco, se libró la batalla de las Termópilas. ¿Por qué no tirar unos cohetes en nombre de Leónidas y de los trescientos? Y una girándola atravesó el cielo por la eterna gloria de Esparta.

Después celebráronse otras fechas históricas. El